

## **Domingo de la Epifanía del Señor (6.I.08)**

Aunque no soy muy partidario de dar tres cuartos al pregonero, no puedo por menos que comenzar este comentario dominical con una frase de Benedicto XVI: "... el hombre es realmente él mismo, y se realiza plenamente, en la medida en que vive con Dios y de Dios, reconociéndolo y amándolo en sus hermanos". (Benedicto XVI del 17.VI.07)

Hermosas palabras que encierran una espléndida y gozosa realidad: el hombre vive con Dios, en él ama y reconoce a sus hermanos. El problema se plantea cuando al mirar hacia la Iglesia, sus jerarcas y clérigos..., una vez más tan solo encuentra palabrería hueca.

La Iglesia y sus representantes no son reflejo de Dios, ni en ellos se pueden dar un abrazo los "hermanos". Al Dios que está –mejor dicho ES- en los hombres hay que buscarlo por otros caminos. Mt. 2,1-12: se pregunta al mismo tiempo que se muestra el camino a seguir por el hombre: "¿dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en oriente y venimos a adorarlo".

Hasta el Dios-Hombre u Hombre-Dios, que tanto monta, se llega desde distintas partes: los recovecos de la vida por los que transita el hombre pueden tener muchos matices, distintos colores disfrazados unas veces de hambre, otras de riqueza; se pueden transitar en pateras destartadas o en cómodos todoterreno..., lo importante es que Dios en cada acontecimiento, en cada hombre, en cada injusticia, en cada sonrisa de niño o de mayor, de intelectual o duro de mollera el "Hombre-Dios" acaba de nacer.

Hablando de la Navidad el santo Escrivá dice en Surco (nº 322) "... ama y respeta las normas de una convivencia honrada..." Quienes le conocimos un poco de cerca y vivimos muy dentro de su Obra, no podemos creer sus amables y bienintencionadas a la vez que cínicas palabras. El Santo no amó a nadie más que así mismo y las únicas normas que respetó fueron las que él dictó

**Enrique P. Amez.**

## **El Bautismo del Señor (13.I.08)**

En Mt. 3,13-17 leemos este domingo: "... nada más ser bautizado, Jesús salió del agua y, mientras salía, se abrieron los cielos y vió al Espíritu de

Dios que bajaba como una paloma y descendía sobre él. Y una voz que procedía del cielo decía: “éste es mi Hijo amado, en quien me complazco”.

En los hechos de los apóstoles (10,34) el apóstol Pedro no duda en afirmar: “... verdaderamente ahora comprendo que Dios no hace distinción de personas, sino que, en cualquier nación, el que respeta a Dios y obra rectamente, le es grato”.

El “bautismo” (el agua) como símbolo de limpieza, de sencillez, de honradez, de esfuerzo por vivir los valores humanos descubiertos por la conciencia y como “ojo de halcón” con el que el hombre observa a la naturaleza, la descubre y respeta por encima de intereses egoístas, de explotación económica por encima de cualquier otra consideración. En ese “bautismo” –más que en el que la Iglesia nos tiene acostumbrados: vertiendo agua sobre la cabeza inclinada de un indefenso infante-, en ese bautismo, común a todos los hombres, se descubre la grandeza de Dios, del Dios que no discrimina personas, ni entiende de razas, culturas y procedencias: todos, absolutamente todos somos sus “hijos queridísimos”, pues El está en todos. Ahí radica la dignidad humana.

Dios se complace en el hombre. El hombre con el bautismo – que nace de su condición de criatura, se encuentra con la divinidad, escucha a Dios.

“Algunos no oyen –no desean oír- más que las palabras que llevan en su cabeza”. Enhorabuena Santo Escrivá... Quienes asistimos a tus tertulias y leímos tus “panfletillos” sabemos muy bien lo que en el número 575 de Surco quieres decir.

Dios habló por medio de la “burra de Balaam”... pero ésta no era “el borrico de noria” de Escrivá.

**Enrique P. Amez.**

## **II domingo del tiempo ordinario ( 20.I.08)**

S. Pablo, en su carta a los cristianos de Corinto (I Cr. 1,1-13) saluda a los fieles de esa comunidad con una especial solemnidad: “... a vosotros que, consagrados por Cristo Jesús, habéis sido llamados pueblo de Dios en unión con todos los que invocan en cualquier lugar el nombre de Jesucristo...” Para S. Pablo el nombre de Jesucristo es el nombre que sirve

de puente, de lazo de unión entre el Jesús histórico y el Jesús confesado como Hijo de Dios por la fe de la primera comunidad cristiana.

Siempre me ha inquietado este “nombre puente” entre el “más allá” y el “acá”; entre la divinidad y la humanidad; entre la historia y el mundo que la trasciende; entre “los demás” y “yo”... En definitiva la palabra “Jesucristo” es sinónimo de puente, de diálogo, de comprensión, de aceptación de todas las realidades que circundan al hombre. Con templo al drogadicto de hoy y al de todos los tiempos, al encarcelado –no importan los motivos- ; al “arrojado al infierno” por voluntad y deseo del Santo Escrivá por el simple hecho de haber descubierto sus tejemanejes y estrategias de titiritero barato y mercachifle...

La palabra “Jesucristo” es el secreto que me acerca a los demás; me descubre realidades distintas y respetables; me hace comprender con el evangelista Juan (1, 29-34): “... aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y permanece sobre él, ése es quien bautizará con Espíritu Santo”. Salgo a la calle, me asomo a las ventanas entreabiertas de los corazones... y... he visto “bajar y permanecer” al Espíritu. No lo ví, por más que me esforcé, ni siquiera revolotear por las cabezas y mentes de quienes dicen ser sus recipientes.

**Enrique P. Amez.**

### **Domingo tercero del tiempo ordinario (27.I.08)**

¡Qué le vamos a hacer!... pero Isaías –bueno, cualquiera de los distintos autores del libro de Isaías- me cae bien; la lectura de su libro me reconforta espiritualmente y enriquece humana y literariamente. El libro de Isaías es como el Quijote, como el poema del mio Cid, como las mil y una noches..., si a nadie se le hubiera ocurrido escribirlo habría que inventarlo. Su dominio del lenguaje, su belleza poética y la riqueza de sus imágenes me sumergen en una especie de sueño voluptuoso y paradisiaco donde se respira paz interior. Se hace fuente donde el caminante puede mitigar su

sed, asimismo sirve como asiento placentero donde “el trota caminos” pueda descansar seguro.

“He aquí, que todo calzado de guerra, todo manto empapado de sangre, está siendo quemado, devorado por el fuego...” (Is. 9,1-4). Supongo que también serán objeto de las llamas purificadoras de Isaías las “batallitas y llamadas a la santa intransigencia” voceadas por Escrivá en su novela rosa: “Surco.” Así también, de la mano de Isaías, deseo lanzar al fuego toda intolerancia, todo absolutismo, toda discriminación, toda mirada torva reacia a los tiempo modernos y atisba braguetas, a todo profeta bravucón anunciador de males infernales para una sociedad laica y secular; ésta sabedora de que Dios está “en y con el hombre” se ha vuelto cada día más atea a los ojos miopes de los obispos... ¡Gracias Isaías, tú si que sabes!... Me das alegría a la vez que, al apartarme de los jefecillos de la Iglesia con cucurucho en la cabeza y los santos de pacotilla subidos a los altares a base de talonario y chantajes..., me acercas más a Dios, pues contigo he descubierto un poco más al hombre.

En Mt. (4,12-23) leo con regocijo y paz: “... veníos detrás de mi y os haré pescadores de hombres”... Al arremangarme para adentrarme en el camino de la vida de la mano del Señor Jesús, descubro la inmensa “bancada” de peces-hombres: todos juntos, hermanos, hechos redes con la urdimbre de distintos credos, razas, colores, pensamientos, situaciones y morales.